

sido importante que, desde el aporte de las ciencias sociales, la reflexión bíblica, teológica y misiológica, aprendamos los temas de la identidad protestante, la modernidad y posmodernidad, modelos de liderazgo, la familia, la participación política, fe cristiana y economía, historia, etc.. Como hemos dicho anteriormente, debemos dar gracias a Dios por la evidencia de su gracia y de sus huellas en la mediación de las ciencias sociales para comprender nuestra América Latina. Por supuesto que al mismo tiempo debemos estar atentos a los elementos demoníacos y pecaminosos que permanecen tanto en la realidad latinoamericana como en las ciencias sociales que median su comprensión. Por lo tanto, desde la Palabra habrá que establecer los parámetros y límites del acercamiento socio-antropológico e histórico.

En la lectura bíblica, como sugiere la *Declaración evangélica de Cochabamba*, se hace necesario más que nunca el resurgimiento, en el día de hoy, de un nuevo movimiento bíblico en la iglesia en América Latina: «Las ideologías de hoy, que nos desafían con creciente vigor, pueden ser también el aguijón que Dios quiere usar para que escuchemos su voz.» Es hora de volver a proyectarnos en las páginas de la Biblia para redescubrir esa dinámica que nos haga gozosos en la esperanza y en esta tarea. A la FTL le corresponde una responsabilidad mayor y un privilegio que nos llena de alegría en el servicio de la causa del reino de Dios y su iglesia en nuestro querido continente. Que Dios nos ayude en esta tarea

La Palabra de Dios y la búsqueda de los modelos de liderazgo

Valdir Steuernagel

Una generación en transición

Cada generación tiene con su tiempo una especie de relación dramática. O nos consideramos parte de un gran momento de oportunidad, o, envueltos en la nostalgia de otros tiempos, nos consideramos desafortunados. Lo más probable es que tengamos, en relación con el tiempo en que vivimos, una especie de sentimiento ambiguo que se mueve entre el recuerdo, la oportunidad y el desafío.

Es difícil vivir en la década del noventa sin este sentimiento donde conviven la desesperanza y la excitación, el cansancio y la euforia, el desánimo y la oportunidad, el vacío utópico y la utopía emergente, años de cambios profundos y la esperanza de cambios aún mayores. Una nueva década trae en su seno el embarazo de un nuevo siglo.

El binomio «Palabra de Dios» y «modelos de liderazgo», que se constituye en el centro de nuestro abordaje temático, tiene alergia tanto a una abstracción descontextualizada como a una proposición desencarnada. Al final, sólo podemos hablar de Palabra de Dios de manera significativa en la medida en que, al mismo tiempo, hablamos de nuestra vida y del tiempo en el cual vivimos. Y solamente podemos referirnos a modelos de liderazgo en la medida en que estos emergen de nuestro contexto de vida y

se muestran relevantes para nuestros días. Se hace necesario, sin embargo, que al inicio de esta conversación tomemos contacto con el tiempo en que vivimos y con aquellos con quienes somos una generación en transición.

Las señales de los tiempos

Muchas cosas podrían decirse acerca del tiempo en que vivimos: tiempo fértil en crisis y desafíos. Cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, lo que se derribó fue más que una pared. Sólo después de la euforia comenzó a percibirse que había restos de muros esparcidos por todos lados.

Cayó el muro y celebramos. Cayeron algunas de las escamas que estaban delante de nuestros ojos, y nos asustamos con lo que vimos. Los sueños se desvanecieron, las utopías se evaporaron y la esperanza fue privatizada. Estamos en la década de los noventa y ella nos parece espantosamente gelatinosa. Las fronteras se han vuelto tenues y por todos lados se habla de globalización. Al mismo tiempo, se ha instalado el síndrome de un separatismo que nos parecía superado. Las distancias se acortan, pero las relaciones se fragilizan. Las etnias se redescubren, pero el reagrupamiento tribal genera tensiones que asustan. La guerra fría ha terminado, pero los innumerables conflictos armados dejan muchos cuerpos fríos y mutilados extendidos por el suelo. Las ciudades continúan hinchándose, pero la inseguridad provoca los más increíbles aislamientos y encogimientos. La religión se revigoriza, pero no genera encuentro y se constituye en artículo de consumo.

La década de los noventa nació marcada por la inseguridad y el miedo, por la lucha de la supervivencia y del individualismo. Una década de cambios a nivel del comportamiento humano, lo que no se refiere a la búsqueda de paradigmas que establezcan el marco para la despedida de los sueños del ayer y el surgimiento de los sueños del mañana. Por todo eso se ha hablado tanto de la crisis de la modernidad y del arribo de una ambigüedad llamada *posmodernidad*.

La modernidad y la posmodernidad

Sería una ilusión intentar abordar un tema tan complejo en un espacio tan breve. Sin embargo, es preciso mencionarlo, pues tiene un reflejo inmediato en lo que se refiere al estilo y contenido del ejercicio de liderazgo.

En un interesante artículo, Bryant L. Meyers pregunta cuáles son las consecuencias de esta transición de la modernidad hacia la posmodernidad para el movimiento y las relaciones ecuménicas. Todas las significativas instituciones protestantes de los últimos 150 años son, según Meyers, «producto de la modernidad». Ellas incorporarán las «presuposiciones del proyecto moderno: racionalismo, progreso y la posibilidad de un meta-discurso que piensa ser capaz de proveer soluciones globales». Es decir, la modernidad asumió el dogma de que «había soluciones globales para problemas globales».

De acuerdo con Meyers, dentro de este marco había una tendencia a creer que una estructura institucional con un centro fuerte elaboraría mejor una teología y una misionología unificada.¹

La posmodernidad no sólo está cuestionando cualquier «meta-narrativa unificadora», sino que celebra la ausencia de un «centro fuerte». Ofrece, por eso, espacio tanto para lo nuevo como para el caos, lo alternativo y el individualismo. En el ejercicio del liderazgo la representatividad institucional es cuestionada y el ejercicio de la jerarquía por la jerarquía está bajo fuerte sospecha. El liderazgo se legitima por el ejercicio carismático (y muchas veces centralizador) o, contradictoriamente, por la capacidad motivacional y de concesión de espacio para el surgimiento de lo alternativo, de la inquietud y del movimiento.

La fuerza del mercado

Que el barco de la modernidad está haciendo agua es innegable. Pero eso no quiere decir que haya motivo para una celebración incoherente. Si bien la modernidad que anda rápido

no deja gran nostalgia, la postmodernidad llega soltando sus demonios. El mundo de la posmodernidad, como dijimos, es de fronteras gelatinosas, frágiles. Es difícil establecer las fronteras entre el espacio y el caos, la convivencia y la invasión, el consumo y la explotación. Ken Jowitt llega a comparar el momento que vivimos con el estado de caos descrito por el libro de Génesis. Dice:

Puntos centrales de referencia y fronteras firmes y hasta rígidas dan lugar a confusión e incertidumbre territorial, ideológica y política. Nosotros necesitamos reaccionar ante un mundo que será crecientemente extraño, desconcertante y amenazador.²

En un mundo sin fronteras, quien sobrevive a las reglas del juego de la vida y de la muerte es el más ágil, el más experto, el más bonito, el más joven, el de mejores relaciones, el más ... Sobrevive aquel que consigue poner su producto, real o imaginario, ante los ojos omnipresentes de las cámaras por más tiempo al menor costo, venderlo por el mayor precio posible, para luego conseguir cualquier otra cosa para exportar o vender. Es un mundo donde reina el mercado.

Los pobres, pequeños y débiles oscilan entre ser consumidores y ser consumidos y descartados por este cruel emperador llamado mercado. Es intrigante, sin embargo, que este emperador no logra proveer ni pan, ni paz, ni seguridad. Más aún, es curioso que la multiplicidad de ofertas y la selectiva libertad de escoger en el área del mercado caminen de la mano con la imposición de la fuerza y el imperio de la violencia, en un espantoso surgir de «nuevas fronteras» y de conflictos más o menos localizados, ya sea en la ex Yugoslavia, en Burundi, en los cerros de Rio de Janeiro o en nuestras propias ciudades.

La religión a veces se ubica en el centro de toda esta traumática experiencia de un caótico vuelo y nacimiento de fronteras. Los bosnios son musulmanes y los serbios, ortodoxos, y pobre de quien se arriesgue a cruzar las fronteras. Este cuadro que parece medieval reina en plena posmodernidad, donde y cuando los

guetos se instalan en la aldea global. Este es el rostro escondido de una pluralidad que saluda a todo y ya nada se consigue librar de ella, ni de aquellos que dicen que no es posible dar la bienvenida a todo.

La posmodernidad saluda a la religión como una vertiente importante para cuestionar esta modernidad que se dice «arreligiosa» y «suprarreligiosa». Entonces, esta propia religión necesita manos que quieran establecer fronteras que se instalen sobre otras fronteras. La religión es bienvenida como un producto más para ser absorbido en este bacanal multinacional de consumo desenfundado que va desde la religión misma hasta el helado, desde el sexo hasta el correo electrónico. La posmodernidad es la canonización de la insaciabilidad del consumo y de la maximización de la capacidad de transformar todo lo inimaginable, pero irresistible, en un objeto de codicia por el cual vale la pena hacer cualquier cosa a fin de poseerlo o ser poseído por él.

Y la iglesia, aunque parezca increíble y desagradable, necesita «enfrentar» tanto la inevitabilidad y la fuerza del mercado, como su propia viabilización institucional en este mercado, en el mismo momento en que abraza la bandera contra el mercado.

Entonces, ¿cuál es el modelo de liderazgo que necesitamos gestar y abrazar teniendo en cuenta la realidad y los desafíos que este tiempo nos propone?

El rescate del sentido y la autoridad de la Palabra de Dios

Sin duda, tenemos una profunda relación de carácter histórico y emocional con la Palabra de Dios. ¡Cuántas veces hemos afirmado ser la iglesia de la Palabra y nos hemos jactado de ello! Sin embargo, este postulado está sufriendo una crisis sutil y, por eso, peligrosa. En esta crisis, la Palabra ya no es tan cuestionada desde afuera, desde la perspectiva crítica de las ciencias modernas, lo que era típico en la modernidad. Hoy la Palabra es relativizada desde adentro. La suficiencia de la palabra es «superada» por el hambre de la experiencia: en lugar de oír la

Palabra de Dios se buscan experiencias fuertes, cosas que hacen que uno se sienta bien y que se mueven con las emociones.

También se percibe esta relativización de la Palabra de Dios cuando se anuncia solamente la salud y la conquista, la bendición y la prosperidad. Si alguien está enfermo, eso se debe a que no tiene fe. Si otro no logra salir de la pobreza, eso es porque no tomó posesión de las riquezas que el Señor le tiene reservadas.

El riesgo que se vive hoy es dejar de ser la iglesia de la Palabra para convertirse en una especie de mercado de indulgencias materializadas. En este caso, no estamos vendiendo el pasaje del alma desde el purgatorio al cielo, ni asegurando un lugar futuro en el cielo para eventuales compradores —como se decía en la edad media—, sino que vendemos salud (el creyente no se enferma) y bienestar (somos hijos del rey y tenemos que tomar posesión de los bienes materiales que Dios nos ha reservado).

Sin embargo, la Palabra que Dios tiene para su pueblo no está vinculada con el consumo religioso, con esta promesa de elixir de bienestar. La Palabra de Dios nos coloca de pie como ocurrió con el profeta Ezequiel (Ez. 2.1-2), nos transforma y reorienta. Nos pone al servicio de la gracia y del juicio de Dios en el mundo en que vivimos.

Dios no es simplemente aquel que está al servicio de suplir las necesidades cada vez más excéntricas de los cristianos. No es el Dios que permite que se lo ponga en la competencia del mercado religioso, donde es preciso dar evidencias de quién es el «dios más fuerte». El Dios de los cristianos es el Dios de todas las naciones, que está empeñado en la salvación y el bienestar de ellas. Es el Dios que sana y libera, que concede los sueños y visiones con el propósito de que lo conozcan, de que perciban su compasión y abracen su justicia. Para ponerse al servicio de este Dios se necesitan líderes. Para ponerse al servicio de la Palabra de este Dios, a hombres y mujeres se les da la vocación de ser moldeados y moldeadores, en conjunto, del pueblo de Dios.

Leer la Biblia, ser consolados y ver la luz

Al hablar de modelos de liderazgo, vienen a mi mente algunos «traumas». Entre ellos están los famosos manuales que, con sistematización impecable, intentan enseñar «cómo ser un líder modelo en diez pasos». Nunca logré seguir esos manuales. Por el contrario, siempre me generaron frustración. Al ser tan idealizados, no les cabe la vida. Al ser tan fáciles, se vuelven imposibles de ser seguidos. Al ser tan lógicos, se vuelven ilógicos. Al ser tan obvios, generan frustración.

Al leer la Biblia, con atención especial en los Evangelios, se percibe que la vida es mucho más confusa; el discipulado, mucho más complejo, desafiante y estimulante; la práctica del liderazgo, mucho más ambigua; y el ejercicio de la autoridad, mucho más vulnerable de lo que postulan los complejos compuestos vitamínicos, publicados en lecciones traducidas. En este ejercicio de reflexión nos basaremos en Lucas 9.1-10.24, no porque este pasaje presente una propuesta que sea un modelo ideal de liderazgo, sino porque deja ver una gran confusión. Es, por lo tanto, un espejo de la vida en discipulado.

No pretendemos aquí presentar una exégesis detallada de estos versículos de Lucas. El objetivo es proceder a una lectura comentada que se concentre en la vocación para el discipulado y en el ejercicio de la autoridad espiritual.

Habiendo reunido a los doce, Jesús les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios y para sanar enfermedades. Entonces los envió a predicar el reino de Dios... (9.1-2)

Después de esto, el Señor escogió a otros setenta y dos, para enviarlos de dos en dos... (10.1)

El carácter decisivo y la fuerza del envío

Lucas 9.1-6 y 10.1-12 son clásicos por su énfasis en la materialización del envío de los discípulos por parte de Jesús. En el primer pasaje se dice que Jesús envía a los Doce, y en el segundo, a un grupo numeroso de personas que salen de dos en dos a hacer la tarea.

Desde la literatura del Antiguo Testamento queda muy claro que los líderes, los profetas y los discípulos no tienen causa propia. Tanto en la vocación que aparece en la literatura profética como en el envío que se aprecia en la literatura evangélica, siempre es Dios quien llama, envía y capacita. Los que son llamados dependen absolutamente de aquel que los llama: «¡Vayan ustedes! Miren que los envío como corderos en medio de lobos» (10.3).

El modelo de liderazgo cristiano nace, entonces, de este encuentro con la Palabra de Dios que descoloca y guía la vida hacia un camino nuevo, generalmente inesperado y muchas veces difícil. En este universo no hay espacio ni para el ofrecimiento de uno mismo ni para el camino fácil, pues, como dice Jesús, «las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos ... pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (9.58).

Hace algunos días, en Anápolis, una ciudad brasileña con mucha población evangélica, escuché el extraño comentario de que estaba de moda ser evangélico. Este comentario absolutamente peligroso tiende a un tipo de cristianismo atrayente y fácil. En una iglesia de moda la tentación es que los líderes se conduzcan según la moda, que respondan a las demandas del mercado religioso. Hoy, sin embargo, el mercado es el lobo que nos acecha. ¡Cuidado con él!

Mientras oraba, su rostro se transformó, y su ropa se tornó blanca y radiante» (9.29).

Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo —respondió él—.

Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones, y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño (10.18-19).

Ya les rogué a tus discípulos que lo expulsaran, pero no pudieron (9.40).

Señor, ¿quieres que hagamos bajar fuego del cielo para que los destruya? (9.54).

La invasión de la trascendencia, el ejercicio de la autoridad y su ambigüedad

La vivencia del discipulado en el ejercicio del liderazgo es una experiencia profundamente espiritual. No es fundamentalmente una cuestión de habilidad natural o de aprendizaje técnico. Esta vivencia se configura, como vimos anteriormente, en una dependencia radical de Dios y se expresa como algo de imposible apropiación y manipulación. Lo único que tenemos son manos vacías.

Lucas 9 y 10 poseen riquísimas expresiones que detallan esta realidad. En primer lugar, porque resaltan las posibilidades de Dios. En segundo lugar, porque evidencian los recursos que están a disposición del ejercicio del liderazgo. En tercer lugar, porque desnudan la impotencia del discípulo y le advierten acerca del riesgo de un mal uso de esos recursos tan fantásticos y esperanzadores.

Así como los Evangelios, los textos guías están cargados de trascendencia. Esa presencia y capacitación de Dios no respeta fronteras y no tiene límites. Simplemente es sorprendente y avasalladora. En el monte de la transfiguración Dios parece saltar del cielo a la tierra. El escenario que se monta es divino. El pasado vira hacia el presente y los personajes de la historia sagrada comulgan con el Hijo, en torno al aperitivo del banquete de la eternidad. Los discípulos demoran —es obvio— en ubicarse ante esta vivencia-visión. Pero cuando al final se dan cuenta de lo que está ocurriendo, ya no quieren irse. Si la eternidad llegó, ¿por qué vamos a volver «allá abajo», parecen decirse.

Nosotros conocemos el fin de la historia. No había cómo huir al desafío de descender del cerro y continuar viviendo en esta realidad donde no hay manera de abstenerse de comer el pan que el diablo amasó. Sin embargo, la experiencia de la transfiguración nos dice que hay otro tipo de pan disponible, aunque no huyamos del carácter conflictivo de la vida diaria. Hay otro pan disponible en el mercado público de la vida. ¡Y éste sí que es un buen pan!

Simplemente resaltamos aquí esa inagotable posibilidad de Dios, esa manera divina de no sólo llamarnos y enviarnos sino

también alimentarnos. El ejercicio del liderazgo cristiano significa sumergirse y bañarse de la trascendencia de Dios. Es ser alimentado en los escenarios de la eternidad.

Esa alimentación de trascendencia es personal y enriquecedora, pero no atosigadora. Sin embargo, cualquier intención de entender el ministerio del discipulado y del ejercicio del liderazgo como una contemplación paralizadora de grandeza y revelación de Dios es pura ilusión.

El texto de Lucas no habla de esta invasión de trascendencia sólo en el episodio de la transfiguración. Esa dimensión parece estar presente en todos los rincones. El propio ministerio al cual son convocados los discípulos requiere la «instrumentalización» de la trascendencia. Al final, no tenemos autoridad sobre los demonios y no realizamos sanidades en el nombre del pueblo que somos. Los discípulos son confrontados con situaciones para las cuales sus respuestas parecen ser totalmente inadecuadas, y con situaciones para las cuales fueron capacitados pero, extrañamente, se perciben impotentes. Por último, viven aquella situación en la que están listos para un poderoso ejercicio de autoridad espiritual, pero el propio Jesús arroja un balde de agua fría a su propuesta de hacer descender fuego en la aldea de samaritanos que, de manera petulante, no recibe a la comitiva de Jesús para pernoctar. Permítanme analizar brevemente este denso párrafo.

Los discípulos se encuentran capacitados para el ministerio espiritual y quedan encantados cuando los propios demonios se les someten (10.17). Sin embargo, cuando piensan que detentan o controlan esta autoridad, son confrontados con una situación donde se sienten impotentes. Y, por más que se esfuerzan, no consiguen expulsar al demonio que poseía a un niño, cuyo padre clamaba por su liberación. ¡Que situación más angustiosa! En otro momento el propio Jesús parece colocar a sus discípulos en una situación embarazosa: les recomienda que den de comer a una multitud hambrienta: «denles ustedes mismos de comer» (9.13). ¡Una broma! A ninguno se le ocurre que sería posible multiplicar el pan sin disponer de trigo, y cuando Jesús comienza a hacerlo se quedan pasmados entre la consternación y el deslumbramiento. Cuando finalmente resuelven revestirse de coraje espiritual y se

disponen a arrojar fuego en aquella mencionada aldea samaritana, Jesús derrama agua en el fuego de ellos: les dice que la vocación no es para destrucción sino para salvación (9.55-56). ¡No es fácil ser discípulo y ejercer el ministerio cuando parece que las cosas no siguen ninguna lógica!

Como líderes cristianos sólo podemos quedarnos profundos y simultáneamente fascinados y consternados delante de esta confusión de situaciones que terminan siendo editadas con el intento de clarificar el argumento. En el ministerio cristiano dependemos de un Dios que no tiene límites ni fronteras. Cielo y tierra, tiempo y espacio, ayer y hoy, están postrados delante de él. Los recursos con los cuales nos capacita y orienta tienen el sabor y las especias de la trascendencia. Los propios demonios, las enfermedades y el hambre no tienen cómo resistir ante él. Es simplemente fantástico ... es extremadamente sensible y peligroso.

El ejercicio de autoridad espiritual es una dádiva de Dios sin la cual el ministerio de liderazgo se transforma en cansancio y enfado. Es como querer cortar un árbol sin hacha. Para que no nos ilusionemos con las posibilidades de apropiarnos de esta autoridad, Dios nos confronta con situaciones en las que nos sentimos impotentes y vulnerables, y nos pone en contextos en que percibimos cuán fácil sería volvernos «con el hacha en la mano». Por lo tanto, es bueno que al final del día se nos recuerde que el «Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (9.56 RV).

Pero ellos no entendían lo que quería decir con esto. Les estaba encubierto para que no lo comprendieran, y no se atrevían a preguntárselo (9.45).

No se lo impidan ... porque el que no está contra ustedes está a favor de ustedes (9.50).

La ausencia de lo lineal y el imperio de la perplejidad

Sólo es posible ser discípulo aprendiendo a convivir con el cotidiano estado de perplejidad. Esta perplejidad deriva de la propia soberanía de Dios y transforma nuestra experiencia de vida

en una confrontación con la ausencia de lo lineal y de la lógica cartesiana. Nos confronta con nuestra ignorancia espiritual y con nuestra incapacidad de comprender, encuadrar y administrar el ejercicio del ministerio.

Lucas registra que los discípulos no estaban comprendiendo nada, especialmente el tema de la cruz de Jesús (9.44-45). En otro momento reconoce que los compañeros de Jesús son bienaventurados en función de la revelación con la cual Dios los llenó de gracia (10.23-24). Una contradicción que no se contradice y no carece de explicación. Carece de aceptación y convivencia. Y no es que simplemente los discípulos fueron comprendiendo las cosas a medida que caminaban con Jesús, pues, de ser así, no lo habrían abandonado en la difícil hora de la cruz.

Por el contrario, esta aparente contradicción entre no entender nada y ser objeto privilegiado de la principal revelación de Dios evidencia nuestra frágil y relativa condición humana: necesitamos profundamente la misericordia de Dios y su capacitación.

El texto bíblico nos dice que no tenemos el monopolio del ejercicio de la vocación contra lo que protesta nuestra lógica, nuestro instinto controlador y nuestro sentimiento de pertenencia grupal. Si así no fuera, Jesús habría endosado la prohibición pronunciada por los discípulos a «este extraño» que osaba expulsar demonios en nombre del Maestro (9.49-50). La respuesta liberal de Jesús sólo nos deja más perplejos: «No se lo impidan ... porque el que no está contra ustedes está a favor de ustedes» (9.50).

Herodes el tetrarca se enteró de todo lo que estaba sucediendo. Estaba perplejo... (9.7)

Y todos se quedaron asombrados de la grandeza de Dios (9.43)

La perplejidad del poder establecido y el «boquiabierto» del pueblo

No sólo los discípulos tuvieron dificultades en entender la lógica del ministerio de Jesús y su propia vocación. El poder

establecido también estaba perdido. Herodes el tetrarca estaba acostumbrado al ejercicio del poder y sabía cómo controlar lo inesperado y desafiante. Quien intentaba hacerle perder el control o amenazaba su hegemonía era decapitado. La memoria de la cabeza de Juan el Bautista expuesta en el plato aún era bastante real como para que estos principios de ejercicio del poder no fuesen amenazados.

Una vez muerto Juan el Bautista, Herodes pensó que ese rumor del reino de Dios y ese desafío al arrepentimiento habían sido liquidados. ¡Gran engaño! El mismo pueblo clamó por la llama de esa acción de Dios que se constituyó, también, en un desafío no sólo al ejercicio del poder de Herodes sino también a su estilo y ética de vida.

La pregunta que Herodes levanta es una protesta contra cualquier cosa que quiera quitarle su dominio: «A Juan mandé que le cortaran la cabeza, ¿quién es, entonces, éste de quien oigo tales cosas? Y procuraba verlo» (9.9). Además, toma la decisión política de ir al encuentro de ese nuevo desafío: «Y procuraba verlo» (9.9).

La invasión de la trascendencia relativiza el ejercicio del poder político. La práctica política del reino de Dios cuestiona el estilo de los valores de aquellos que detentan el poder político en las fronteras de nuestro tiempo y nuestro espacio. Ni siquiera «cortar la cabeza» es suficiente como mecanismo de control. Entonces, el poder político se vuelve definitivamente relativo. El ejercicio del discipulado tiene la vocación de establecer esta protesta junto a las estructuras y los detentores de poder de nuestros contextos de vida.

El otro grupo humano llamado «pueblo» no parece dar problemas. Ellos no aparentan tener dificultades para entender y aceptar lo que está aconteciendo. Se quedan maravillados y reconocen la mano de Dios en las palabras y acciones de Jesús y de sus discípulos: «Y todos se quedaron asombrados de la grandeza de Dios» (9.43).

No es la intención de esta reflexión canonizar la credulidad de la multitud ni tampoco lanzar sobre ella niveles de sospecha que el texto desconoce. Simplemente queremos registrar esta disponibilidad para recibir e interpretar la acción de Dios en medio de

la multitud, como suele suceder en nuestros días, y el enfoque del ministerio cristiano hacia esta multitud que no esconde su necesidad ni su disposición de reconocer la majestad de Dios.

Pero tengan por seguro que ya está cerca el reino de Dios (10.11).

Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga (9.23)

La ilógica lógica del reino de Dios

El Evangelio de Lucas es el Evangelio del reino de Dios. Este reino de Dios toma forma en la persona de Jesús y se coloca al servicio de los más débiles y desposeídos. Este reino es, al mismo tiempo, promesa para el pobre y denuncia de la injusticia que obra el opresor y de la riqueza malhabida del rico, administrada de manera egoísta. Este reino denuncia la lógica del poder constituido y se materializa en la perspectiva de aquel que no tiene, no sabe y no puede.

Además, este reino se materializa en la persona de alguien que insiste en hablar de la cruz e «instrumentaliza» a personas que aparentemente no tienen *pedigree* adecuado para la función y que también son invitadas y desafiadas a llevar la cruz: «Si alguien quiere ser mis discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz cada día y me siga» (9.23).

Llevar esta cruz significa no solamente enfrentar la posibilidad de ser víctima de la furia de Herodes sino también decidir no querer ser «grande», como los «Herodes» del mundo y los «Caifás» del templo. Es asumir ser menor, pequeño: porque «el que es más insignificante entre todos ustedes, ése es el más importante» (9.48).

Sumergirse en el universo de prioridades del reino de Dios es extremadamente difícil. No en vano nos llamamos «Herodes» y ostentamos el poder. Sin embargo, es mucho más desafiante llevar la cruz y decidir ser más insignificante. Aunque a veces denunciemos la injusticia y nos comprometemos en la lucha a favor de los pobres, lo hacemos desde la perspectiva del hermano

mayor, desde el ejercicio del poder. La invitación a ejercer el liderazgo cristiano es, en cambio, a favor de la renuncia al poder y al saber. Me parece que ésta es una de las dimensiones más difíciles que tenemos que asumir y vivir en este momento en la vida de la iglesia en nuestro continente, pues estamos fascinados con el crecimiento tan manifiesto de las nuevas experiencias. El mercado, al final, está exigiendo líderes fuertes y visibles, personas que sepan lo que quieren, tengan buena comunicación, se muevan con soltura y practiquen una acentuada capacidad movilizadora, «gerenciando» a la iglesia para el crecimiento, la influencia y el éxito. Pero Jesús, dice Lucas, «como sabía bien lo que pensaban, tomó a un niño y lo puso a su lado» (9.47-48).

Sin embargo no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo (10.20).

Les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron; y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron (10.24).

El camino de regreso es fundamental

Comencé a leer el programático texto de Lucas 10.1-12 hace muchos años. Empezaba a encantarme la misionología y osaba escribir unas notas. El texto ofrecía un plato abundante: el envío era claro y el conflicto de la obediencia incisiva; el mensaje del reino en palabra y acción se esbozaba inequívocamente. Las consecuencias de la aceptación o el rechazo del mensaje y del mensajero completaban el escenario de un texto que invitaba a la sistematización e idealización. Un texto de convocación para la acción y el desafío de conquista misionera. De sólo leerlo se entra en el campo, adrenalina pura...

Hace pocos años empecé a leer y meditar también en la continuidad del texto, percibiendo que hay vida después del versículo 12. El pasaje invita a orar y a enviar misioneros. Pero también, relata el regreso al lugar de partida. Los discípulos no sólo fueron enviados en misión. El evangelista Lucas se preocupa

también por registrar el regreso de los discípulos. Por tanto, no es posible leer el texto del envío sin contactarse con la experiencia del regreso, y no tiene sentido contemplar esta experiencia del regreso sin vincularla con el envío.

En el frenético y pragmático contexto evangélico de conquista de personas, espacio e influencia es peligroso que nos obsesionemos con la acción, la agenda y el trabajo. Vivimos el ministerio como si todo dependiese de nosotros, como si Dios estuviese perdido sin nuestro trabajo. Lo que nos afirma en el ministerio es, algunas veces, lo que hacemos, lo que tenemos para mostrar como resultado de nuestra labor. Lo que Lucas está demostrando es que la ida es tan importante como el regreso y que éste le da perspectiva a la ida.

Los discípulos regresaron encantados con el éxito de su experiencia misionera, en especial con el ejercicio de la autoridad espiritual. Ese asunto de que los demonios se les sujetaban es simplemente fantástico. Ni Herodes con todo su poder soñaba en ostentar un poder de esa naturaleza. Más aún, el mismo poder político se volvió un vasallo del poder espiritual.

En verdad, la manipulación del poder espiritual es más sensible y peligrosa que el ejercicio del poder político. Años más tarde esta verdad asusta al César romano cuando amenaza a Policarpo con el fuego de la hoguera y él responde con la amenaza del fuego eterno.

No hay ministerio cristiano viable sin el ejercicio de la autoridad espiritual. Incluso no hay autoridad espiritual que adquiera autonomía y pueda ser apropiado por quien, en un determinado momento, es «instrumentalizado» para utilizarla. Eso es lo que Jesús procura dejar bien en claro cuando los discípulos regresan. El no se deja encantar por el encanto de los discípulos, sino que les recuerda el origen de la autoridad misma.

La legitimidad de la autoridad espiritual tiene relación directa con la fuente de la cual emana. El resto es charlatanería y usurpación. Esto debe quedar en claro en el contexto de encantamiento de nuestro propio crecimiento numérico y de sus consecuencias.

Jesús, sin embargo, no está interesado solamente en desencantar a sus discípulos. Su tarea no pasa a ser un ejercicio por medio del cual asegure su espacio y poder. Al recordarles el origen del poder espiritual, está liberándolos del poder. Además, está interesado en mostrarles algo aún más importante, más fundamental, un hecho que se hace verdad cuando los «demonios los obedecen» y cuando ellos «no pueden expulsar al demonio». Este hecho es independiente de lo que hacen y de lo que producen. Nace de una iniciativa de amor de parte de Dios y hace que él nos conozca. Nos da un nombre en la presencia de Dios: «Sin embargo no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo» (10.20).

En el contexto de esa conversación posterior a la experiencia misionera, Jesús retoma el tema del reino de Dios, enfatizando la revelación divina. Es la extraña geografía de Dios que procura no obedecer a las jerarquías convencionales y a los órdenes establecidos. Es el Dios que esconde sus secretos de los que se dicen ser dueños de los secretos de Dios y de un mundo que insiste en exponer su obsesión como la salvación y el amor a través de canales absolutamente inapropiados para tan digna revelación. Al final ninguno que pensara un poco iba a escoger un niño que se encontraba atrapado en ese grupo de hombres que lo cercaba para ver y sentir, y que procuraban entender y transmitir la realidad del amor y de la gracia salvadora de Dios. Entonces, el hecho es que allí está el niño otra vez sobre el escenario, y Jesús insiste en ponerlo como criterio de comprensión, aceptación y hasta entrada en el reino de Dios. Además, él tiene el incomprendible placer de caminar con su grupo y transformarlos en privilegiados testimonios de esta revelación salvífica de Dios, presente en la persona de Jesucristo.

Ese grupo de discípulos, seguramente, no aprobaría la mayor parte de los programas de liderazgo que promovemos en nuestras iglesias. Sin embargo, ellos se erigen como modelos para vivir la experiencia del discipulado en estos tiempos difíciles de calificar; tiempos en los que no podemos servir a Dios sin la previa experiencia de ser acogidos por él. Acogidos por el Padre

caminamos en medio de lobos, reprendemos a los demonios y sanamos a los enfermos. Acogidos por el Padre tenemos el coraje de mirarnos en el espejo y confrontarnos cotidianamente con nuestra infinitud. Acogidos por el Padre sabemos que somos amados y nos sumergimos en una experiencia donde la cruz, en medio de un profundo temor, no deja de tener gusto a miel de la colmena real, colmena que tiene la forma de una tumba vacía.

Notas

1 Bryant L. Myers, «A Funny Thing Happened on the Way to Evangelical- Ecumenical Cooperation», *International Review of Mission*, pp. 400-402.

2 Ken Jowitt, «After Leninism: The New World Disorder», *Journal of Democracy* 2.1, 1991, p. 12.

San Francisco de Asís: un modelo de pastoral

Jorge Barro

La cuestión de la pastoral es, a mi modo de ver, uno de los desafíos más urgentes para la vida y la misión de la Iglesia. Esto es así porque no se puede desvincular la teología de la misionología. Toda misionología debe ser pastoral y toda pastoral debe ser misionológica. En la mayoría de los programas teológicos se advierte el divorcio entre pastoral y teología o entre pastoral y misionología. Una misionología que no es pastoral se encuentra desencarnada, mientras que una pastoral que no es misionológica es eclesiocéntrica.

Costas es ciertamente uno de los misionólogos que más ha intentado trabajar esta integración (otro es Emilio E. Castro). El afirma que, debido a la falta de una comprensión misionológica, la pastoral latinoamericana es una pastoral de repetición, profesional y eclesiocéntrica (Costas 1973:79-81). *De repetición* porque fue (y todavía a veces es) una disciplina que reitera los modelos norteamericanos y europeos. *Profesional* porque está personalizada en un solo individuo: el pastor. *Eclesiocéntrica* porque la labor de esta pastoral no es la tarea de la iglesia para el mundo sino de la iglesia para sí misma.

En este sentido debemos notar que la Reforma Protestante fue, y sigue siendo, un marco histórico y divisorio en la historia de la Iglesia cristiana. Sus consecuencias aún hoy pueden ser apreciadas y reconocidas en la Iglesia. Uno de los asuntos que la Reforma Protestante no consiguió trabajar con más profundidad y amplitud fue la *eclesiología* y, consecuentemente, la *misión pastoral de la*